

El cambio se equivocó de día

Lras un viernes marbellí, con temperaturas que hacen bueno lo de febrerillo loco, nos salió un sábado gijonés de los de antes, de los de antes del cambio climático. Semanas enteras preparando el disfraz carnalero para esto. Dicen los expertos en la fiesta precuaresmal que en Gijón siempre hace malo en Carnaval. Como no se pueden cambiar las fechas de las fiestas, aunque haya pueblos que celebren la Nochevieja en agosto por culpa de un apagón, está cambiando el clima.

Al paso que vamos, dicen, los Carnavales de dentro de nada se van a celebrar en las plazas gijonesas con las familias en bañador y bajo la sombrilla. Mientras se consume el cambio que predica Al Gore, queda claro que aquél, por lo menos ayer, se equivocó de día. La lluvia y el viento tendrían que haber llegado el viernes para no ser inoportunos. Para hoy se anuncia más agua. A ver qué pasa mañana, el gran día carnalero en la ciudad alegre y confiada. Ayer el mejor disfraz fue el pijama.

El trasluz

JUAN JOSÉ MILLÁS



Flora y fauna intestinal

Sorprende la calidad orgánica de las galerías pertenecientes a la cueva de Tenerife donde perdieron la vida, hace una semana, varios excursionistas. Al observar a los equipos de rescate por la tele, nos daba la impresión de que entraban y salían de un cuerpo. La descripción de su interior no hacía sino acentuar esa idea. «Nos equivocamos de ruta», señaló uno de los supervivientes. Se equivocaron de ruta, piensa uno, como la miga de pan que toma el camino que no debe una vez traspasada la garganta. Te metes en la cama, apagas la radio, cierras los ojos, piensas en los excursionistas de Tenerife y te parece que han nacido otra vez, pues la cueva tiene también algo de útero.

En un descampado cercano a mi colegio, cuando éramos pequeños, había una cueva. Tenía un vestíbulo muy grande, en cuyo interior, provistos de linternas y velas, jugábamos al salir del colegio. Su semejanza con una boca era tal que se podían adivinar sus encías, su velo del paladar, su lengua... Estaba parcialmente desdentada, pero dos o tres rocas estratégicamente emplazadas evocaban también las muelas y uno de los caninos. Al fondo de la gruta se habría un pasadizo por el que había que pasar arrastrándose, como por una garganta muy estrecha. Yo jamás me atreví, pero algunos compañeros aseguraban que tras reptar unos metros se alcanzaba una especie de estómago repleto, por cierto, de jugos digestivos, pues regresaban con la ropa sucia.

Los espeleólogos me producen a la vez fascinación y susto. Desnacen cada vez que entran en una gruta y nacen al volver a salir. En ocasiones hay que sacarlos a la fuerza, con fórceps, porque ni los túneles ni ellos colaboran. Uno de los supervivientes de la de Tenerife contó que se sentó a descansar y se quedó dulcemente dormido. Se habría muerto dulcemente de no ser rescatado por los bomberos. ¿No es eso lo más parecido a alcanzar un estado prenatal? La espeleología, según el Diccionario, estudia el origen y la formación de las cavernas, así como su fauna y su flora. Yo añadiría el término intestinal: su fauna y su flora intestinal. Nuestras condolencias a las familias de los fallecidos y nuestra enhorabuena a los supervivientes.

Memoria de Dionisio Viña y de Gijón

LUIS MEANA

Recuerda certeramente el Evangelio que no hay mayor prueba de amor que dar la vida por el amigo. Como así es. A Gijón, que era su amor, le confió Dionisio Viña su vida, pero un maldito galeno y un hospital contumaz se la robaron. Y él, que parecía tan «gallu», resignadamente se la entregó. Seguramente pensó como Job, Gijón me la dio, Gijón me la quitó, bendito sea el nombre de Gijón. El destino escribe a veces estos renglones torcidos. Y Dioni, silenciosamente, se fue. No desde Gijón, sino, paradójicamente, desde Oviedo, de donde salió con su barquito tuerto camino del mar abierto de la muerte, aunque antes de partir, marinero como nos hace a todos esta villa adosada al mar, pidió un práctico sacerdotal que le ayudase a atracar en el puerto desconocido de la desaparición. Nuestras vidas, Dioni del corazón, son los ríos que van a parar a la mar, que es el morir. Y en la ola negra de la muerte nos juntaremos todos contigo al otro lado de la vida y del Cantábrico.

Decir Dionisio Viña era una tautología para decir Gijón. Ciudad donde se renueva todos los días desde tiempos evangélicos el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. Esta ciudad ha vivido durante siglos con sólo un par de ideas y un par de sardinas. Con ellas llena chigres, tertulias, actos sarcásticos o discusiones dicharacheras. Y todavía le sobra. En su secular pobreza, Gijón ha inventado una cosa peculiar y única: la repetición prosopopéyica. Una forma de realzar, recalcar, subrayar o exagerar que hace que una notoria nimiedad acabe pareciendo una inconmensurable verdad. Sólo los gijoneses saben darle a la charla insustancial la categoría de gran hallazgo intelectual. Nada es comparable a la prosopopeya con la que un gijonés redondea una obviedad o se recrea en la insustancialidad, de forma que el espectador despistado llega a pensar que está ante el mismo Aristóteles. En ese ancestral arte gijonés, Dioni ha sido gran maestro: Prosopopeyaba Dioni como nadie ha prosopopeyado en Gijón.

Tenía Dioni la lengua alada lo mismo que el gran Aquiles tenía, según Homero, los pies alados. Le volaba la lengua como una gaviota en busca del aire alegre de la narración. Y con esa lengua alada, que para bien o para mal se da tanto en Gijón, componía narrativamente «les caxigalines» de la ciudad, hasta el punto de que al final aquello parecía, y yo creo que a él también le parecía, una nueva Atenas cristiana en el Cantábrico. Es evidente que todo esto era sólo un espejismo circunstancial, pero a Gijón le encantan los espejismos, porque nada le gusta más que el sonajero de lo circunstancial.

Hay que recordar que Gijón es una cultura oral, no una cultura escrita. Nosotros

no somos hijos del libro, de ningún libro, sino del suceso, del acontecimiento cotilleable o narrable. Y cuanto más exageradamente, mejor. Venimos de Homero, no de Platón. El alfabeto no es nuestro compañero, nuestro verdadero conmitón es el jeroglífico de la palabra dicha con la voz. Y ese lenguaje hablado tiene una lógica totalmente distinta a la del lenguaje escrito. El espacio propio de esa lógica no es el escritorio, sino la acera. Y el tempo de esa lógica es la instantaneidad. Tenía Dioni la lógica de la instantaneidad, que poco tiene que ver con la lógica de eternidad del escritor. Tampoco pretendía convertirse en autoridad, sino sólo en juglar o narrador. A eso lo llamó explayar, verbo que él reinventó. Y que viene a ser como explicarse con los pantalones arremangados

Gijón dos rituales sagrados de despedida. Uno, silencioso para los mineros que le mueren en la mina, en el que las calles se vuelven tan recogidas y silenciosas como un paso de Semana Santa en Castilla. Y otro, para sus héroes de la extraversión, para los personajes superpopulares, reyes de la anécdota con los que la ciudad se tira tumultuosamente a la calle y enloquece de emocionalidad. Es entonces cuando el pueblo percibe que hace falta una auténtica catedral. O, en su defecto, que te despidan en El Molinón.

Tras todo lo ocurrido nos queda sólo el dolor. El horizonte inexplicable y vacío de la desaparición. Antes que



Dioni Viña, en la redacción de LA NUEVA ESPAÑA de Gijón, apoyado en el monitor de un ordenador donde se muestra la portada de su libro «Cómo nos explayamos los playsos».

ISAAC RUBIO

dos y los pies descalzos metidos en el agua de la playa de Gijón. Creía Dionisio Viña que escribía, pero en realidad hacía una escritura verbal transcrita de la calle. Nadie la ha recogido más certera o directa. Ni de forma más gráfica y pictórica. Su prosa no se componía de palabras, sino de tonos y colores: más que de textos de impresiones, más que de argumentos de sucesos. Su referencia no era la idea, sino el suceso. Recogía Dioni, como la arena, todo el líquido del suceso de Gijón. Que le empapaba cardiovascularmente. Hasta que de tanto empapamiento emocional cardiovascularmente reventó. En su pulso se reflejaba siempre el pulso de la ciudad. Escribía con estilo taquigráfico, urgente y apremiante, porque él pensaba, como pensamos todos los de Gijón, que todo lo que ocurra aquí es de repercusión universal. En Gijón en seguida elevamos la nimiedad a sustancialidad universal. Ésa es la base de nuestra epistemología de la exageración.

Como no podía ser de otra forma, Gijón le ha despedido como España despide a los toreros de época. Con el ánimo y las calles paralizadas y en olor de multitud. Tiene

explicarlo nosotros, efímeros retruécanos de la trivialidad, mejor citar a un enorme autor inglés del XVIII, Samuel Johnson, quien expresó insuperablemente el dolor irreparable de la desaparición: «La pérdida de un amigo a quien teníamos en gran estima, al que dedicábamos nuestros esfuerzos y deseos, es un estado de deprimente desolación en el que la mente mira impaciente fuera de sí, y encuentra sólo vacuidad y horror. El recuerdo de su vida, su amabilidad sin malicia, su devoción simplicidad, su modesta resignación, su enfermedad resistida con paciencia, su muerte discreta, sólo acrecienta la pérdida, agrava el pesar por aquello que no puede enmendarse y profundiza el dolor por lo que no puede recuperarse. Éstas son las calamidades mediante las que la Providencia nos hace perder gradualmente el amor a la vida». Así es. Con la marcha apresurada de Dioni hacia el puerto de la resurrección nos han arrancado un trozo de amor a la vida. Y un trozo de Gijón. En contrapartida, en el cielo hay una nueva estrella que intercede por nosotros ante Dios con la camiseta del Sporting.

1,65€ Cupón descuento

libro + dvd



Válido hasta el 31/5/2007